

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIV

Marzo de 1947

Núm. 261

Puntos de vista

Divorcio espiritual

QUÉ es lo que le pasa a la juventud de hoy? Nadie se preocupa de estudiar cuál es la razón segura, cierta, del abandono en que vive, pero la verdad es que día a día se va acentuando en ella, un aislamiento, una distancia con el hombre maduro; con el que ya cruzó la vida y adquirió una experiencia, que pudiera dar a conocer con provecho a quienes vienen por la misma ruta caminando hacia un mañana que en este divorcio espiritual no se ve muy claro ni muy promisor.

Europa, que hasta ayer era el faro del mundo y en cuyo territorio se gestaba la fuerza espiritual más pura destinada a orientar a la humanidad, nos ha dado el triste espectáculo de sus rencores y de su absoluta incomprensión, al creer que el dominio de la fuerza bruta puede traer al espíritu el alivio que necesita para subsistir y mejorar las condiciones de vida del hombre. Todo cuanto esto pudo hacer como testimonio de su rencor y de su sed de venganza se ha visto en esta dura etapa de la humanidad. Los cuatro macabros jinetes del Apocalipsis han paseado sus siluetas de horror por todos los ámbitos del mundo. La sangre de América fué también a engrosar el torrente que extenuaba al viejo continente del saber y del bienestar habitual, en otros días más felices. En 1918 se apagaba el humo bélico de las trincheras y en 1939, cuando apenas habían pasado veinte años el odio y la venganza alzaban otra vez su amenaza siniestra sobre el mundo. Los nuevos

apóstoles, con sus doctrinas, no venían a ofrecer paz y dulzura al mundo, sino exterminio y horror a quienes no se inclinaban reverentes ante su cesáreo dominio. Y ahora, cuando aun los restos de la hoguera no se apagan, vemos que todo el orbe está acosado de temores, de recelos, de una sorda angustia que se puede transformar en feroz convulsión en el día de mañana, si el buen criterio, la solidaridad humana y la firme decisión de salvar a la humanidad no se abre paso en los espíritus obcecados, que siguen creyendo que por medio de las doctrinas absolutistas, o el imperio de la fuerza bruta se puede dar paz y sosiego al ser humano.

En América se advierte la ausencia de un pensamiento orientador, de mentalidades que asuman el papel de guía en estas sociedades que aun no pueden desprenderse del influjo malsano del caciquillo electoral, del compadrazgo político que todo lo interfiere con su conveniencia momentánea, y que va sembrando una vida de apetitos que se contradicen abiertamente con la ambición ideal que debe abrigar la juventud. Es tal vez por esta razón que hoy se ve que el joven trata con duro empeño de enfrentarse él solo con la realidad. No reconoce maestros y discute cuanta sentencia o principio salga de labios que puedan tener la autoridad de los años. Rebeldes estéticamente, por esta desconfianza a veces no sabe qué hacer si no siguen las huellas de algunas figuras que dentro de su órbita ya hicieron crisis.

De este modo, la juventud de hoy siente una especie de orfandad espiritual. Esto lo aleja cada día más de una atmósfera de conciliación, de anhelos de cordialidad y de esperanza hacia el hombre maduro que puede señalarle un camino. No quieren acercarse a él, porque lo ven lejos de los verdaderos ideales que enaltecen el espíritu y sólo pendiente de pequeñas granjerías que le impiden alzarse para mostrar con altivez y generosidad cómo aprecia la actual realidad con respecto a un futuro de reconstrucciones ideológicas. El joven está viviendo en una tremenda soledad que hasta ahora no tiene remedio. No hay orientadores en la política ni en la intelectualidad de nuestro país, Ninguna figura humana

cobra el relieve necesario para agitar y conmover a esta juventud desencantada, a esta juventud que no puede emocionarse con la aplastante vulgaridad del ambiente. Y entonces por su cuenta, sin tener directores de su mentalidad, hacen lo que pueden. Hacen lo que creen que puede arrancarlos de este materialismo anarquizante, que los conducirá al caos si no reaccionan y buscan con fervor la orientación segura y fuerte dentro de su propio espíritu.

Ojalá que de esta actitud de soledad, de rebeldía contra aquellos que desdeñosamente quieren quedarse en actitud de maestros hieráticos, sin dar muestras de inquietud ante este divorcio espiritual, sea el punto de partida de donde nazca una voluntad decidida a trabajar por empresas de idealismo. Que la juventud desprece el goce pasajero, la granjería del momento que le puede depurar la cercanía del caciquillo electoral, y, sacándolo todo de su propio impulso, vaya como un descubridor de su propio destino a hacer surgir una figura que represente su ideal y en la cual se condense la doctrina que lo agita y que lo angustia.

Se ha estado hablando mucho en este último tiempo de la necesidad que hay de que el joven forme en las filas de los partidos políticos, para así contribuir a facilitar los problemas que afectan al país en todas sus capas sociales. Esto, dentro de una democracia, estaría muy bien, cuando hay figuras cimeras que orienten a la masa y hagan con ella lo que el artista con un puñado de arcilla. Hoy día, en este aspecto, estamos careciendo en absoluto de esa clase de hombres que vayan a la lucha decididos a mantener y defender únicamente su idealidad. Lo decimos, porque no hay valor para hacer ver delante del país el error y la incapacidad, aunque sea dentro de las propias filas. Eso ya es un sueño de otros tiempos.

Los partidos políticos, en general, se distinguen por su ciega pasión, por su proselitismo a ultranza. Todo es malo en el adversario y hay que derrotarlo cubriéndolo de oprobio y de calumnias. Y entonces, desde el otro lado, se contesta con las mismas armas. Se gasta el país en una lucha estéril que la juventud desencanta-

da, contempla con gesto despectivo. Y de ahí este divorcio espiritual. En el campo intelectual ocurre lo mismo. Los maestros tuercen el gesto displicente. Y de este modo dejan a una generación huérfana. Sin el apoyo, sin el afecto, sin el estímulo generoso de quienes tienen la obligación de abrirle al hombre joven el camino a todas las posibilidades.

Esto no debe continuar así. Es un drama absurdo, en el cual el egoísmo y la incomprensión tienen la culpa. Y por ende la falta de una mentalidad superior orientadora.